

Consagración al Inmaculado Corazón de María

Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra,
a tu Inmaculado Corazón consagro a mí mismo
enteramente con todo lo que soy y poseo.

Recíbeme bajo tu maternal protección,
defiéndeme en los peligros,
ayúdame a superar las tentaciones
que quieren llevarme al mal y preserva
la pureza de mi cuerpo y de mi alma.

Que tu Inmaculado Corazón sea mi refugio
y el camino que me conduzca a Dios.

Obténme la gracia de rezar y sacrificarme
por amor a Jesús por la conversión de los
pecadores y en reparación de las

ofensas cometidas contra tu Inmaculado Corazón.

Por Ti y por la unión con el Corazón de tu Divino Hijo, deseo vivir para
la Santísima Trinidad en la cual creo
y espero, a la cual adoro y amo. Amén.

Jaculatoria al terminar cada misterio del rosario

“Oh, Jesús mío, perdona nuestras culpas,
líbranos del fuego del Infierno y socorre a todas las almas, especialmente a
las más necesitadas de tu infinita misericordia. Amén”.

Semanario
**CRISTO
HOY**

*Los cien años
de Fátima y
sus nuevos santos*



Fátima, suprema profecía

Quien piense en Fátima como un hecho pasado se equivoca. Quien la interprete solo como "hechos" históricos que fueron, no la puede entender. Fátima es un acontecimiento que se está desarrollando, cumpliendo, es pasado, presente y futuro.

El santo padre san Juan Pablo II dijo: "La Iglesia se siente interpelada por el mensaje de Fátima", es decir, que Dios, quien nunca abandona a sus hijos, ha querido estar con nosotros en medio de las vicisitudes de estos tiempos, a través de esta tremenda y espectacular irrupción a lo eterno en el tiempo, como fue Fátima.

El milagro del sol ante 80.000 personas es para muchos -después de la Encarnación del Hijo de Dios, su Muerte y Resurrección- el hecho más asombroso de la presencia de Dios en la historia de los hombres. ¿Por qué en nuestro tiempo?

Fátima y los musulmanes

El nombre de "Fátima" en sí ya es muy evocativo, pues se trata del nombre que tenía la hija de Mahoma, quien decía que era la mujer más bella después de la Virgen María, a quien tanto veneran los musulmanes.

Esa localidad portuguesa debe el nombre a Fátima, la esposa mahometana de un cristiano, quien estaba tan enamorado de ella, que decidió llamar a ese lugar con su nombre.

Relatamos esto debido a la enorme veneración que la Virgen de Fátima tiene entre los musulmanes, fervoroso pueblo religioso reconocido en el mundo, lo que parece constituir todo un misterioso designio... la conversión de los musulmanes.

Para muchos resultará sorprendente, pero muchos mahometanos peregrinan a Fátima atraídos por su tan evocador nombre, como habíamos señalado, pero a este punto también recordemos, que la mujer que más veneran los islamitas es la Virgen María.

Precisamente, en esta pobre región sin mayor significación, Dios tenía preparado un gran regalo a los hombres: la aparición de la Virgen de Fátima.

Fátima y la familia

Es impresionante, pero el dinamismo de esta aparición es creciente, no está petrificado.

Hace poco, el card. Carlo Caffarra señaló que cuando se le ocurrió pedir oraciones a sor Lucía para constituir el Pontificio Consejo de la Familia por encargo de san Juan Pablo II recibió una inesperada contestación de la posible futura beata sor Lucía: "Las últimas batallas y decisivas se librarán en torno a la familia".

Esto dicho en 1987 no parecía alarmante, pero hoy, con las redefiniciones de la familia, sí que lo es, en torno a este eje se juega el futuro de la historia de la humanidad, la iniquidad ha concentrado sus ataques para destruir la familia y por momentos casi parece que ha logrado su funesto cometido.

Fátima, consuelo

Cuando fueron consultados en una encuesta por la Universidad de Milán, los italianos declararon que más que en Dios, la Eucaristía, Jesucristo, etc., creen en las apariciones marianas. Es que la presencia de María les permite sobrellevar las perplejidades de la historia desde la fortaleza de la fe que nos asegura que al final su Inmaculado Corazón triunfará.



A continuación presentamos una reseña bibliográfica de cada uno de los pastorcitos de Fátima.

San Francisco Marto

(11 de junio de 1908 – 4 de abril de 1919)

En la exposición de los hechos de las apariciones de la Santísima Virgen en Fátima, muy poco resalta la figura del pequeño Francisco. En lo largo de esta historia, casi siempre lo encontramos callado, meditabundo, humilde y siempre pronto en aceptar sin contradecir las propuestas ya de Lucía o de su hermana menor, Jacinta. Muy raras veces habla para manifestar su opinión.



Francisco, antes de las apariciones, era un niño del común carácter de los otros de su edad: juguetón, poco amigo de rezar, pero reposado y reflexivo y de bondadoso temperamento. No obstante, desde la primera aparición lo encontramos maravillosamente cambiado.

Susto piadoso

Su virtuosa conducta es ilustrada mejor en el siguiente hecho: condujeron nuestros pastores sus majadas a un lugar, propiedad de los padres de Francisco; existía allí una parcela destinada al pastoreo y otra para la cimitera. Debían tener mucho cuidado para que las ovejas no dañaran el sembrado, y así, Lucía, que era la mayor, dispuso cuidar ella misma la parte de más peligro, mientras Francisco y Jacinta atenderían la otra parte. Jacinta, llorando pidió a Lucía que se quedara con ella y que allá fuera Francisco.

—Yo también quisiera quedarme con vosotras— manifestó humilde-

mente Francisco, pero iré lo mismo y ofreceré este sacrificio a Dios por la conversión de los pecadores.

Transcurrido ya un largo rato, Jacinta va en busca de su hermano; llega al lugar donde pacían las ovejas y llama una y otra vez, más no recibe contestación. Gimiendo vuelve a Lucía, y entre lágrimas le manifiesta que “Francisco se ha perdido”. Lucía, alarmada con la noticia, lo busca por todas partes, llamándolo repetidas veces, hasta que por último da con él: Francisco estaba detrás de un montículo de piedra, con la cabeza inclinada casi tocando el suelo.

—¿Estás rezando? —le pregunta Lucía.

—Sí —replicó humildemente—; empecé a rezar la oración que nos enseñó el Angel.

—¿No oíste cuando te llamaba Jacinta?

—No—, contestó muy despacio.

Para consolar a Jacinta, que había quedado llorando amargamente la pérdida del hermano, Francisco y Lucía regresaron juntos.

Conciencia recta

A pesar de su poca edad y conocimiento superficial de la doctrina cristiana, Francisco era de muy escrupulosa y delicada conciencia. Ordenóle cierto día su madre llevar el rebaño a pacer a un cercano prado sin expreso consentimiento del dueño; se resistió tenazmente a obedecer, alegando que faltaría contra el séptimo mandamiento de Dios, esto es, robar.

Enfermedad mortal

A fines del año 1918 azotaba a toda Europa una terrible y contagiosa enfermedad, llamada fiebre española. El 23 de diciembre del mismo año cayó enfermo nuestro pequeño Francisco; de la misma fiebre española yacían postrados todos sus familiares. Durante el período de su enfermedad no brotó de sus labios ni una sola queja, ni manifestó jamás un solo acto de impaciencia. Todo lo sobrelleva pacientemente, resignándose a la voluntad de Dios y aplicando todos sus méritos por la conversión de los pecadores, por el Santo Padre y en sufragio de las almas del Purgatorio, especialmente por las más abandonadas.

Su tormento

Aunque su espíritu se mantenía siempre fuerte y vigoroso, no así sus fuerzas físicas, que iban languideciéndose paulatinamente; su vida, como una lumbre, iba extinguiéndose. A los que para ocultar su mal estado le decían que iba mejorando, él, con acento seguro y claro, replicaba siempre con un “no”. Grandemente le mortificaba al sentirse diariamente con menos fuerzas para rezar su devoción favorita, el santo rosario, hasta el extremo que llegó serle imposible rezarlo hasta el fin. Su madre procuraba consolarlo diciéndole que la Santísima Virgen aceptaría igualmente su oración aunque la hiciera mentalmente.

Continuamente recomendaba que honrasen a la Madre de Dios con la devoción del rosario, y cuando su madre se lamentaba de que por la multitud de sus tareas domésticas no podía rezarlo, él le replicaba que en todas partes, hasta en los viajes, se podía satisfacer esta devoción que tanta gloria tributa a nuestra Santísima Madre.

Sabía que moriría

Un día le visitó, su madrina de bautismo y le manifestó que había prometido a la Virgen María dar gruesas limosnas a los pobres si obtenía su salud; él contestó resueltamente que era voluntad de Dios que muriera.

Unos días antes de su muerte, su prima Lucía le preguntó si le causa muchas molestias la enfermedad. “Sí, sufro —contestó—, pero sufro por amor de Dios y de la Santísima Virgen”.

Su debilidad fue acentuándose más y más y, a pesar de sus grandes dolencias, no profirió queja alguna; los remedios prescritos, aun los más repugnantes, los apuraba con inmutable calma.

A pocos días de su muerte dijo a sus inseparables compañeras: “Yo me voy arriba, y cuando llegue al Cielo pediré a Nuestro Señor Jesucristo y a la Santísima Virgen que os lleve también a vosotras”.

Encargos para el Cielo

Cuando Jacinta advirtió que Francisco pronto abandonaría esta miserable tierra, con su acostumbrada sencillez e ingenuidad le confió este recado:

“Cuando llegues al Paraíso, dile a Nuestro Señor que le mando muchos recuerdos y que de buena gana sufro todas las cosas por amor de El, por la conversión de los pecadores y en satisfacción de las ofensas hechas contra el Inmaculado Corazón de María”.

Su primera y última comunión

El 2 de abril de 1919 empeoró notablemente la salud del enfermo; fue llamado el señor cura párroco para administrarle los últimos sacramentos. Francisco se encontraba muy apenado, porque juzgaba que no podía recibir a Jesús en su pecho, por no haber tomado aún la Primera Comunión. El sacerdote le impartió la absolución sacramental y le dijo que al día siguiente le traería a Jesús para que comulgara. Al recibir tan inesperada noticia, su ser entero se conmovió hondamente, sacudido por tan vehemente deseo al que tanto tiempo anhelara con fervorosas ansias, iba a ser dentro de breves horas su amable y bondadoso huésped. Suplicó a su madre que le permitiera recibir en ayunas a Jesús-Hostia.

Al penetrar el sacerdote en su aposento trayendo en sus sagradas manos al Consolador de los afligidos, al médico divino de las almas, el pequeño paciente desde su lecho de dolor, lo saludó con suma reverencia y deseó incorporarse en el momento en que el ministro de Dios depositaba la hostia en su boca; pero sus fuerzas, en extremo debilitadas, no se lo permitieron.

Con Jesús ya dentro de su pecho, su inocente alma podía entablar dulces y celestiales coloquios; su semblante se transfiguró de tal manera, que los ojos radiaban beatífica alegría; parecía un ángel, afirman los que tuvieron la dicha de contemplarlo.

Su muerte

Las dolencias y molestias de la enfermedad desaparecieron, y con tranquila serenidad esperó el supremo instante de trasponer los umbrales de la eternidad el 5 de abril, primer viernes del mes, consagrado al Sacratísimo Corazón de Jesús, sin ninguna señal de agonía, con angelical sonrisa, entregó su inocente alma en manos de su Creador y voló a las celestiales mansiones eternas en compañía de la Santísima Virgen, como Ella misma se lo había

prometido, a continuar por siglos las alabanzas que en la tierra comenzara a la Infinita Majestad de Dios. La muerte de Francisco fue un terrible golpe para su prima Lucía y en especial para su hermanita Jacinta, cuando alguien le preguntaba la causa de su tristeza, contestaba: "Pienso en Francisco" y con profundo suspiro añadía: "¡Ah, si pudiera verlo!".

Su espiritualidad

Francisco decía: "¡Qué bello es Dios, qué bello! pero El está triste por los pecados de los hombres. Yo quiero consolarle, quiero sufrir por amor a El".

El deseo de su vida era consolar al Señor.

Este deseo de consolar al Señor ofendido es la marca de la espiritualidad de Francisco, como lo vemos en los siguientes episodios.

Lucía le preguntó a Francisco un día qué era lo que él prefería, consolar al Señor o convertir pecadores para prevenir que más almas cayeran en el Infierno. Francisco no dudó en ningún momento y le respondió: "Yo prefiero consolar al Señor. ¿No te acuerdas el mes pasado cómo nuestra Señora se puso tan triste cuando nos pidió que no ofendiéramos al Señor, que ya estaba bastante ofendido? Yo quiero consolar al Señor, y después convertir pecadores para que ellos no le ofendan más con sus pecados".

Un día en el que Francisco estaba retirado, Lucía le preguntó qué estaba haciendo, y Francisco le respondió: "Estaba pensando que Dios está muy triste por causa de los muchos pecados. ¡Si yo lo pudiese consolar!...".

Otro día, cuando ya estaba enfermo, Jacinta y Lucía fueron a su cuarto, y él les pidió que por favor no hablaran mucho porque tenía un gran dolor de cabeza. Jacinta le dijo que no se olvidara de ofrecerlo al Señor por los pecadores. Él le respondió: "Sí, pero primero lo estoy ofreciendo para consolar al Señor y a la Virgen, y después por los pecadores y el Santo Padre".

En el momento de su muerte, Lucía le da recados para el Cielo: "No te olvides allá de pedir por los pecadores, por el Santo Padre, por mí y por Jacinta".

Sí, pediré, respondió él, y añadió: "Pero mira, esas cosas pídelas antes a Jacinta, que yo tengo miedo de olvidarme cuando llegue junto al Señor. Lo que quiero es consolarlo".

Santa Jacinta Marto



(11 de marzo de 1910 – 20 de febrero de 1920)

Dos años más joven que Francisco, Jacinta cautivaba a todos los que la conocían. Era bonita, enérgica y tenía una gracia natural de movimiento. Le encantaba bailar y sintió tristeza cuando su sacerdote condenó el baile en público. A veces voluntariosa, se aburría cuando no conseguía su camino. Le

gustaba reunir en un mazo las flores y hacer guirnalda para Lucía. En un acto de Primera Comunión estaba entre los pequeños "ángeles" que extendían pétalos ante el Santísimo Sacramento. Tenía un amor marcado por Nuestro Señor, y a la edad de cinco años se volvió un mar de lágrimas al escuchar el relato de su Pasión, jurando que nunca más pecaría o lo ofendería.

Más amigos que primos

Tenía muchos amigos, pero sobre todo amaba a su prima Lucía, y se mostraba celosa de su tiempo y atención. Cuando Lucía, a la edad de diez años, no pudo jugar más porque sus padres la enviaron a pastorear sus ovejas, Jacinta se envolvió en la soledad hasta que su madre cedió y le permitió, junto con Francisco, pastorear algunas de sus ovejas con Lucía.

Sus ovejas también se convirtieron en sus amigas. Ella les puso nombres, sostenía a las pequeñas en su regazo y trató de llevar un cordero sobre sus hombros, como había visto en imágenes del Buen Pastor.

Sus vida transcurría divertida y feliz, deleitándose con su hermano y primo en las cosas de la naturaleza alrededor de ella. Llamaron al sol "la lámpara de Nuestra Señora", y a las estrellas "las linternas de los Angeles", que trataban de contar a medida que oscurecía. Gritaban para oír el eco de sus voces en el valle, y el nombre que regresaba más claramente era "María".

Videntes

Decían el rosario todos los días después del almuerzo, pero para tener más tiempo para sus juegos, lo acortaron a las palabras "Padre Nuestro" al principio de cada decena, seguido de las diez "Ave María". Algo que pronto cambiaría...

En la primavera de 1916, mientras los niños cuidaban de sus ovejas, un ángel se les apareció en un olivar. Pidió a los niños que oraran con él. Volvió a aparecer en pleno verano en un pozo del jardín de Lucía, instándolos a ofrecer sacrificio a Dios en reparación por los pecadores. En su última aparición, al final del verano, el ángel sostuvo una hostia sangrante sobre un cáliz, del cual les dio la comunión a los niños. Esta experiencia los

hizo separarse de sus compañeros de juego y los preparó para las apariciones venideras.

Guardar secretos

Como era de esperar, los tres fueron cambiados por las visitas de la Reina del Cielo. Jacinta, tan habladora, se volvió callada y tímida. Después de la primera aparición, Lucía había jurado a ella y a su hermano guardar secreto. Pero Jacinta, dejó escapar borbotes todo lo que había visto a su familia, que luego le dijeron a todo el pueblo. La noticia fue recibida con escepticismo por muchos, con la burla de algunos y con ira por la madre de Lucía. Jacinta estaba tan contrita que prometió no revelar nunca más otro secreto.

Penitencias

Su renuencia a revelar algo más de sus experiencias fue aumentada por la visión del Infierno mostrada a los niños en la tercera aparición y que parecen haber afectado más a Jacinta. Ella estaba a la vanguardia de los tres en las mortificaciones voluntarias para rescatar a los pecadores del Infierno, ya fuera regalando sus almuerzos (a veces a sus ovejas), negándose a beber durante el caluroso día o usando una cuerda anudada alrededor de su cintura. Las penitencias involuntarias incluían para ella, como para su hermano y primo, la burla constante de los incrédulos, acosados por el clero escéptico, y la presión de los creyentes para que revelaran el secreto de la Señora.

Fenómenos

Después del milagro del sol, Jacinta cumplió con muchas peticiones por su intercesión. En una ocasión parece haber estado en dos lugares al mismo tiempo, ayudando a un joven extraviado a encontrar su camino a casa. Perdido en un bosque tempestuoso, él se había arrodillado y orado, y Jacinta apareció y lo tomó de la mano, mientras ella se encontraba en casa orando por él.

El fin

Cuando sufrió la influenza, fue trasladada a un hospital a pocos kilóme-

tros de distancia de su familia. No se quejaba, porque la Santísima Madre le había advertido que iría a dos hospitales, no para curarse si no para sufrir por el amor de Dios y la reparación de los pecadores. Se quedó en el primer hospital durante dos meses, sometiéndose a tratamientos dolorosos, y luego regresó a casa. Ella contrajo tuberculosis y fue enviada a Lisboa, primeramente a un orfanato católico donde podía asistir a la misa y ver el tabernáculo, lo que la hacía feliz. Pero su estancia allí fue corta, pronto fue trasladada al segundo hospital profetizado por la Santísima Madre, donde Jacinta debía hacer su última ofrenda muriendo completamente sola. Su cuerpo descansa en el santuario construido en Cova da Iria, donde la Señora se le había aparecido.

A la pregunta: “¿Cómo es que Jacinta, tan pequeña como era, se dejó poseer por ese espíritu de mortificación y penitencia y lo comprendió tan perfectamente?”.

Sor Lucía respondió: “Pienso que la razón es lo siguiente: primero, que Dios quiso derramar en ella una gracia especial, a través del Inmaculado Corazón de María y, segundo, fue porque ella vio el Infierno, y vio la ruina de las almas que caen en él”.

Jacinta se mortificaba dejando de comer y dándole la comida a los pobres; ella decía: “Ofrezco este sacrificio por los pecadores que comen demasiado”.

Jacinta dijo un día a Lucía: “Yo, en el Cielo, voy a pedir mucho por ti, por el Santo Padre, por Portugal para que la guerra no venga aquí y por todos los sacerdotes”.

El cuerpo de Jacinta, que por su enfermedad y por las heridas no despedía un olor agradable antes de morir, después que murió despedía un perfume suave.

Cuando su cuerpo fue llevado a la iglesia de Lisboa, las campanas comenzaron a tocar sin que nadie las estuviese moviendo y con la puerta cerrada.

El 12 de septiembre de 1932, el cuerpo de Jacinta fue exhumado por primera vez y se halló incorrupto. Su padre, al ver el rostro de la hija dijo que el ver el cuerpo de su hija era “como estar viendo a una persona que había crecido, y que uno la conocía cuando estaba joven”.

Lucía de Jesús dos Santos

(8 de marzo de 1907
13 de febrero de 2005)

Lucía nació en la pequeña población de Aljustrel, en el distrito de Fátima, en Portugal, el 22 de marzo de 1907. Su bautizo se realizó pocos días después de nacida, el 30 de marzo. Sus padres fueron Antonio y María Rosa dos Santos y fue la menor de siete hijos, seis niñas y un niño. Lucía hizo su Primera Comunión a los 6 años. Desde los 8 años ayudaba con el pastoreo de las ovejas, propiedad de su familia, al igual que otros niños del poblado.

Sucedió un día, que cuando estaba con sus primos Jacinta y Francisco Marto, que ellos presenciaron la primera aparición, cuando el Ángel de Portugal vino a preparar a los niños para la misión que cumplirían y para recibir a un visitante mucho más grande.

La aparición

El 13 de mayo de 1917, cuando Lucía tenía 10 años, ella estaba cuidando las ovejas en Cova de Iria,



cuando una mujer que se identificó como la Santísima Virgen María, se les apareció a los niños. La aparición continuaría el día 13 de cada mes hasta el mes de octubre del mismo año, excepto en el mes de agosto, debido al encarcelamiento. Durante cada aparición, la Virgen les recomendó la oración, particularmente la devoción al rosario y también el sacrificio. Ella también les comunicó ciertas profecías como el fin de la Primera Guerra Mundial, el comunismo en Rusia y su propagación en el mundo, la destrucción de muchos países, otra guerra en caso de que la humanidad no se convirtiera y el sufrimiento y la persecución de la gente buena, especialmente del Santo Padre. El 13 de octubre de 1930, el obispo de Leiria-Fátima, José Alves Correia da Silva, declaró las apariciones de Fátima legítimas y permitió la devoción pública a la Virgen María bajo el título de Nuestra Señora del Rosario de Fátima.



Otras revelaciones

Después de la predicción de la muerte de Jacinta y Francisco durante la pandemia de gripe de 1919, Lucía fue la única encargada de llevar a cabo la misión asignada por la "Señora del Cielo". A los 14 años, Lucía entró interna a la escuela de las Hermanas de Santa Dorotea en la ciudad de Vilar, cerca a Oporto, en el norte de Portugal. El 24 de octubre de 1925, ella entró al Instituto de las Hermanas de Santa Dorotea como postulante en el convento situado en Tuy, España, muy cerca de la frontera con Portugal. Durante es-

tos años, ella continuó recibiendo revelaciones privadas explicando el mensaje de Fátima. Lucía hizo sus primeros votos el 3 de octubre de 1928 y votos perpetuos el 3 de octubre de 1924, bajo el nombre de Hermana María de la Madre Dolorosa.

Carmelita

En 1946, buscando una vida más contemplativa, Lucía entró al convento carmelita de Santa Teresa en Coimbra, donde ella hizo su profesión como carmelita descalza el 31 de mayo de 1949, con el nombre de Hermana María Lucía de Jesús y del Inmaculado Corazón.

En 1967, la hermana Lucía viajó a Fátima para el aniversario número 50 de las apariciones, celebración presidida por el papa Pablo VI. Ella regresó en 1982 cuando el Papa Juan Pablo II visitó el Santuario el 13 de mayo para agradecerle a la Virgen el haber salvado su vida durante el intento de asesinato ocurrido el 13 de mayo de 1987. Lucía también estuvo en Fátima en 1991 y luego en el año 2000 cuando el Papa Juan Pablo II viajó para la beatificación de Jacinta y Francisco.

Lucía escribió dos libros, *Memorias*, que narra los eventos en Fátima en sus propias palabras; y *Llamamientos del mensaje de Fátima*, en el que da respuestas a muchas de las preguntas hechas sobre la vivencia del mensaje de Fátima.

Larguísima misión

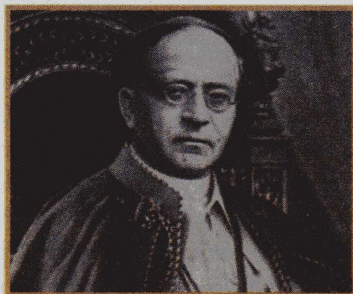
En la segunda aparición, ocurrida el 13 de junio, Lucía le pregunta a la Señora "¿Nos llevarás al Cielo?" y la Virgen responde:

Sí, a Jacinta y a Francisco los llevaré muy pronto, pero tú debes quedarte porque Jesús quiere valerse de ti para hacerme amar y conocer. El desea propagar por el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María.

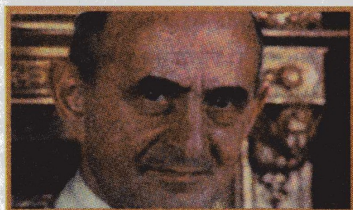
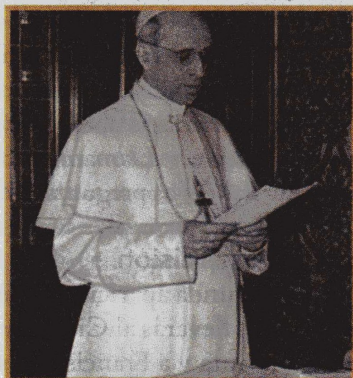
Su misión terminó el 13 de febrero del 2005, cuando su cuerpo sucumbió debido a su avanzada edad. La Santa Misa de su funeral fue presidida por el obispo de Coimbra, mons. Antonio Cleto. Ella descansa en el convento donde pasó muchos años y un día su cuerpo será trasladado a la basílica en Fátima, donde reposan los cuerpos de Francisco y Jacinta.

Fátima y los papas

El Episcopado portugués, tras un cuidadoso estudio de las apariciones, las declara dignas de crédito el 13/10/1930. Pío XI (1922-1939), nombrado en la aparición de julio, es uno de los primeros en avalarlas escribiendo al card. de Lisboa y hablándole de ese país recientemente favorecido de manera extraordinaria por la Santísima Virgen.

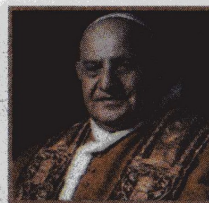


Con Pío XII (1939-1958) se multiplican las relaciones. Hechos como la coincidencia con su consagración episcopal (13/5/1917), que valoró como providencial; la consagración del mundo y de Rusia a su Inmaculado Corazón el 13 de julio 1942; la coronación de 1946; la clausura del Año Santo de 1950-51 en Cova de Iría, y otras tantas referencias han hecho que se lo llame "El Papa de Fátima".



Pablo VI (1963-1975) le envió la rosa de oro al finalizar la tercera sesión del Concilio (1964) y visitó el santuario en el cincuentenario (1967); también visitó el santuario siendo patriarca de Venecia y habló con Lucía en 1977.

Juan XXIII (1958-1963) peregrina al santuario siendo cardenal de Venecia.



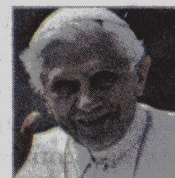
Juan Pablo I visitó Fátima siendo patriarca de Venecia y se entrevistó con sor Lucía.



Juan Pablo II: el 13 de mayo de 1982, san Juan Pablo II, después de su atentado de muerte viajó por primera vez a Fátima para "agradecer a la Virgen su intervención para la salvación de mi vida y el restablecimiento de mi salud". Un año más tarde formalizó su devoción y agradecimiento a la Virgen donando al santuario de Fátima la bala que le extrajeron, la misma que está engarzada en la aureola de la corona de la imagen mariana que preside el santuario. En el 2000 viajó por segunda vez a Fátima y el 13 de mayo beatificó a los otros dos videntes de la Virgen, Francisco y Jacinta Marto. Luego se anunció la publicación de la "tercera parte" del secreto de Fátima que se efectuó el 26 de junio de ese año.



Benedicto XVI visitó Fátima en mayo del 2010. Allí dijo: "Se equivoca quien piensa que la misión profética de Fátima está acabada. Aquí resurge aquel plan de Dios que interpela a la humanidad desde sus inicios: "¿Dónde está Abel, tu hermano? [...] La sangre de tu hermano me está gritando desde la tierra" (Gn 4,9). El hombre ha sido capaz de desencadenar una corriente de muerte y de terror, que no logra interrumpirla[...]. En la Sagrada Escritura se muestra a menudo que Dios se pone a buscar a los justos para salvar la ciudad de los hombres y lo mismo hace aquí, en Fátima, cuando Nuestra Señora pregunta: "¿Queréis ofreceros a Dios para soportar todos los sufrimientos que El quiera mandaros, como acto de reparación por los pecados por los cuales El es ofendido, y como súplica por la conversión de los pecadores?" (Memórias da Irma Lúcia, I, 162).





Las profecías

Ya en la segunda aparición del mes de junio, María Santísima le comunica a Francisco y a Jacinta que pronto partirían al Cielo, no así Lucía, a quien le esperaba una larga tarea.

José Marto, hermano de Francisca y Jacinto, quien murió dos días antes de la beatificación de sus hermanos, al principio no creía, quizá porque no admitía la irrupción de lo sobrenatural en la sencillez de sus hermanos pastores; se convirtió, precisamente, según lo declaró, al ver que estos sucesos se cumplimentaban puntualmente.

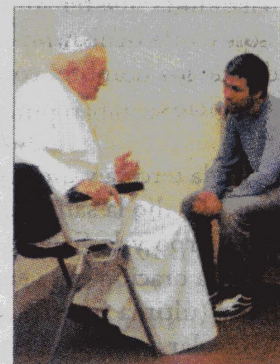
Muy pronto también la Virgen anuncia el fin inminente de la Primera Guerra Mundial; y alerta sobre Rusia, que esparcirá sus errores. En ese tiempo todavía no se había consolidado el bolcheviquismo, tanto es así, que los chicos, en su ignorancia, pensaban que Rusia era un mujer mala.

Con el pedido de consagración del mundo y de Rusia al Inmaculado Corazón, que sor Lucía declara que se hizo según voluntad de María recién en 1984, preanunció el fin del comunismo, con la caída del muro en 1989.



El comienzo de otra guerra, peor que la primera, se encontraba contenido en el segundo secreto y estaba supeditado a los pedidos de penitencia y oración para que no ocurriese. El mismo Vaticano no dejó de ver en la milagrosa salvación del papa Juan Pablo II, del atentado que sufrió el 13 de mayo de 1981 (foto), la verificación de parte del tercer secreto. El encarnizamiento periodístico contra la Iglesia está contenido en el ataque “con flechas”, algo inusual en la época en que vivimos, como luego lo explicaremos.

Pero la promesa, la profecía más consoladora, es el triunfo del Corazón Inmaculado, que bien podemos decir que ha comenzado a verificarse en el hecho de la revelación del tercer secreto, la beatificación de los pastorcitos y la consagración del mundo, de Rusia y del Tercer Milenio por el Papa, y más de mil obispos ante la imagen traída desde Portugal, en octubre del Año Santo.



Las apariciones del ángel

La sabia pedagogía divina quería ir preparando paulatinamente a los pastorcitos para el contacto con lo sobrenatural y la gran misión de ser portavoces de los mensajes divinos.

Para este fin, en el año 1915, Lucía y unas compañeras tuvieron algunas visiones que no podían precisarlas.

Pero en el año 1916, en tres oportunidades, tuvieron las visiones del ángel.

En la primera, ocurrida en un día lluvioso, una hermosa figura les enseñó una oración (última página).

En la segunda aparición ya se presentó como el ángel de Portugal, señalándoles que tenían una gran misión y que debían reparar los pecados de los hombres con oraciones y sacrificios.

En la tercera y última aparición el ángel les dio la santa comunión con el Cuerpo y la Sangre, enseñándoles una oración muy emotiva y hermosa (última página) instándolos a "consolar a vuestro Dios".



Las apariciones de la Virgen

En la primera aparición ocurrida el 13 de mayo de 1917, la Virgen les pidió que viniesen todos los 13 por seis meses consecutivos y que se preparasen para cumplir una gran misión con la oración y el sufrimiento, especialmente para que acabase pronto la guerra (Primera Guerra Mundial).

Es de notar que Lucía veía y escuchaba a la Virgen y también hablaba con ella; Jacinta la veía y oía, y Francisco solo veía, pero no la escuchaba.

13 de junio

La Virgen comunica a Francisco y a Jacinta que los iba a llevar al Cielo y que Lucía tenía que ayudar a establecer la devoción al Corazón Inmaculado, que apareció en la mano de la Virgen con espinas que se clavaban, dando a entender los sufrimientos de la Madre de Dios.

13 de julio y 19 de agosto

En esta aparición, la Virgen comunicó los secretos a los pastorcitos y les mostró el Infierno.

Prometió un milagro para el 13 de octubre y enseñó la más conocida oración de Fátima (última página).

En agosto, para el día 13, los pastorcitos fueron secuestrados con engaños y amenazados, por lo que la aparición ocurrió el 19 de ese mes. La Virgen les reiteró los pedidos de oración y penitencia por los pecadores para que no se condenen.

**13 de septiembre
(Ilustración)**

Promete formalmente un milagro en octubre para que todos crean y, como en alguna ocasión anterior, ante el pedido de sanación de enfermos, responde que unos sí y otros no, supeditándolo, en algunos casos, a la conversión.

Le pide a los niños que

moderen algunas penitencias, sobre todo la de infligirse con una cuerda molesta atada al cuerpo, lo que les impedía dormir.

13 de octubre

Una multitud de 70.000 personas se reúne para ver el milagro sin saber cuál podía ser. Hasta los diarios comunistas de Portugal se hacen presentes, incluso el muy famoso norteamericano "New York Time".



El día es lluvioso y Lucía manda a cerrar los paraguas. La gente se empapa, pero luego de unos 10 minutos en que ven el "milagro del sol" (foto) las ropas están completamente secas.

El astro rey comienza a danzar y, en ocasiones, parece que se desplaza, por lo que muchos piensan que es el fin del mundo.

La Virgen pide que se construya una capilla y recomienda: "No ofendan más a Dios que ya está muy ofendido".





Los tres secretos de Fátima

En la tercera aparición de 1917, la Virgen dio a los niños un secreto que hoy se conoce como "El Secreto de Fátima". En agosto 1941, Lucía mencionó por primera vez la división de este secreto en tres partes. Dijo Lucía: "El secreto está compuesto de tres temas diferentes y voy a revelar dos de ellos:

1- El primero es la visión del Infierno y la designación del Corazón Inmaculado de María como el remedio supremo ofrecido por Dios a la humanidad para la salvación de las almas.

2- El segundo es la profecía concerniente a una paz milagrosa que Dios desea otorgar al mundo a través de la consagración de Rusia al Corazón Inmaculado de María, y de la práctica de la comunión de los "primeros cinco sábados de mes".

Primer secreto

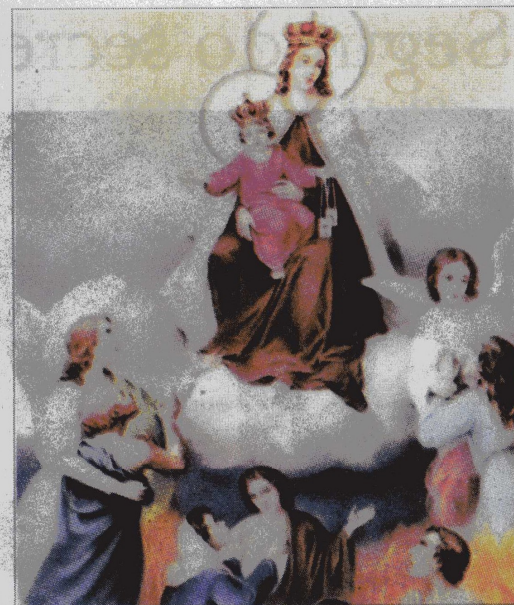
"Nuestra Señora nos mostró un gran mar de fuego que parecía estar debajo de la tierra. Sumergidos en ese fuego, estaban los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo que caían hacia todos los lados, parecidas al caer de las brasas en los grandes incendios, sin equilibrio ni peso, entre gritos de dolor y gemidos de desesperación que horrorizaba y hacía estremecer de pavor.

Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes y negros.

Esta visión fue durante un momento, y ¡gracias a nuestra Buena Madre del Cielo, que antes nos había prevenido con la promesa de llevarnos al Cielo! (en la primera aparición). De no haber sido así, creo que hubiésemos muerto de susto y pavor.

Inmediatamente levantamos los ojos hacia Nuestra Señora que nos dijo con bondad y tristeza:

'Vieron el Infierno adonde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si se hace lo que les voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz'.



Segundo secreto



La Virgen dijo: "La guerra pronto terminará. Pero si no dejan de ofender a Dios, en el pontificado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando vean una noche iluminada por una luz desconocida, sepan que es la gran señal que Dios les da, de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre.

Para impedirla, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los primeros sábados. Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas. Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz".

Visión de la Trinidad y petición de la consagración de Rusia

En junio del 1929, Lucía estaba ya con las religiosas, Hijas Doroteas, y describe esta aparición así: "[...] de repente toda la capilla del convento se alumbrió de una luz sobrenatural, y una cruz de luz apareció sobre el altar, llegando hasta el techo. En la claridad de la parte superior se podía ver la cara de un hombre y su cuerpo hasta la cintura. En el pecho había una paloma de luz, y clavado en la cruz había el cuerpo de otro hombre. Por encima de la cintura, suspendidos en el aire, podía ver un cáliz y una gran Hostia, en la cual caían gotas de sangre del rostro de Jesús crucificado y de la llaga de su costado. Estas gotas, escurriendo en la Hostia, caían en el



cáliz. Debajo del brazo derecho de la cruz estaba Nuestra Señora. Era Nuestra Señora de Fátima, con su corazón Inmaculado en su mano izquierda, sin espada ni rosas, pero con una corona de espinas y llamas. Debajo del brazo izquierdo de la cruz, grandes letras, como si fuesen de agua cristalina, que corrían sobre el altar formando estas palabras: 'Gracia y Misericordia'. Nos dice Lucía: "Entendí que era el misterio de la Santísima Trinidad que se me enseñó, y yo recibí luces acerca de este misterio, que no se me permite revelar".

La Virgen le dijo: "Ha venido el momento en que Dios pide al Santo Padre que en unión con todos los obispos del mundo, haga la consagración de Rusia a mi Corazón, prometiendo salvarla por este medio". Prevenía la difusión de sus errores y se adelantaba su conversión.

Pío XI, Pablo VI y Juan Pablo II cumplieron en seis oportunidades el designio de la Madre.

Juan Pablo II y el tercer secreto

Cuando el papa Juan Pablo II estuvo en Fulda, durante su visita a Alemania (del 15 al 19 de noviembre de 1980) un grupo de personas le hicieron algunas preguntas: una fue con respecto al tercer secreto de Fátima y otra sobre el "futuro próximo" de la Iglesia. Una de las personas presentes documentó este intercambio. Los nombres de los testigos están en las oficinas de la revista "Vox Fidei". A continuación se reporta la parte del texto correspondiente a las dos preguntas, publicado (en italiano) por esa revista (edición #10 - 1981).



Pregunta: ¿Qué hay con relación al tercer secreto de Fátima? Ya debía haber sido publicado en 1960.

Respuesta (del Santo Padre): Debido a su impactante contenido y para evitar que el poderío mundial del comunismo interfiriera en los asuntos de la Iglesia, mis predecesores proporcionaron información confidencial de manera diplomática. Además, debe bastar a cada Cristiano saber lo siguiente: cuando ustedes leen que los océanos inundarán continentes, que millones de hombres morirán repentinamente en pocos minutos... si esto es conocido, en realidad no es necesario demandar la publicación de este secreto... Muchas personas lo quieren conocer solo por curiosidad y sensacionalismo: pero olvidan que "saber" implica también una responsabilidad... pero solo desean satisfacer su propia curiosidad. Esto es peligroso cuando al mismo tiempo, nada quieren hacer, diciendo: "¡Es inútil hacer algo para mejorar la situación!". Entonces el Papa tomó el Rosario y dijo: "¡Aquí está el remedio

para esta enfermedad! Oren, oren y no hagan más preguntas. ¡Encomienden el resto a Nuestra Señora!".

Pregunta: ¿Cómo irán las cosas con la Iglesia?

Respuesta (del Santo Padre): Debemos estar preparados para enfrentar grandes pruebas inminentes, que podrían exigir también el sacrificio de la propia vida por Cristo... Las pruebas podrían ser atenuadas por medio de sus oraciones y de las nuestras, pero (ya) no podrán evitarse, porque solamente por este medio podrá llevarse a cabo una verdadera renovación de la Iglesia... tal como ya ha ocurrido muchas veces que la Iglesia surgió de nuevo por medio de la sangre. Tampoco será diferente en esta ocasión. Seamos fuertes y preparémonos, teniendo fe en Cristo y en su Madre. Oremos mucho y con frecuencia el Santo Rosario.

Historia del tercer secreto

La tercera parte la escribió la vidente en 1944 y se la entregó al obispo, que en 1957 la envió al Archivo Secreto del Santo Oficio de Roma. Dos años después lo consultó Juan XXIII, que no reveló su contenido, sino que lo devolvió al Santo Oficio. El siguiente obispo de Roma, Pablo VI, hizo exactamente lo mismo en 1965, y los otros papas también.

¿Cuándo se ha revelado este secreto?

En una de sus visitas a Fátima, Juan Pablo II encargó dar a conocer públicamente la tercera parte del secreto de Fátima. Era el 13 de mayo de 2000. Dicho esto, afirmó que sería la Congregación para la Doctrina de la Fe, por expreso deseo del pontífice, la encargada de hacer público el contenido de la tercera parte del secreto confiado por la Virgen María a los niños videntes portugueses "después de haber preparado un oportuno comentario". Esto sucedió el 26 de junio de 2000.

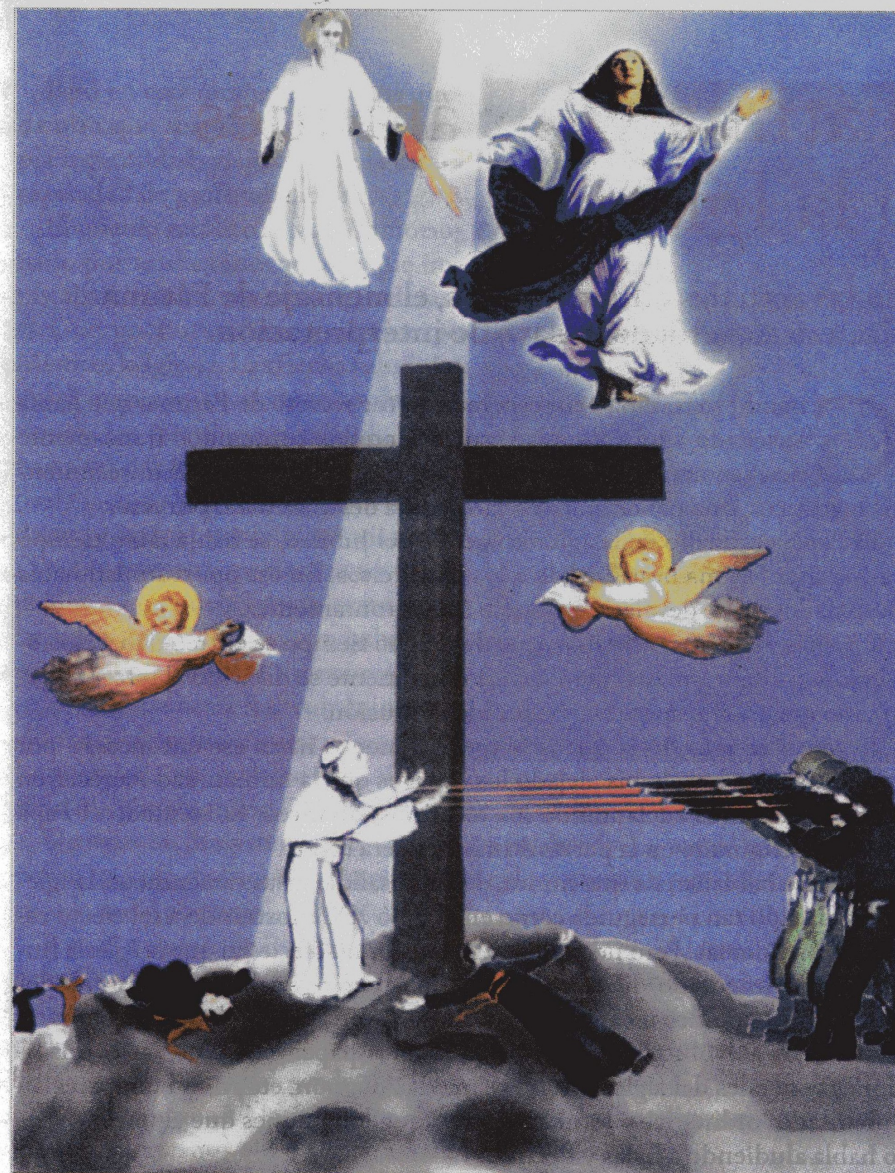
Conclusión

El hecho de que el texto del tercer secreto no concuerde con las declaraciones de Juan Pablo II en Fulda, lleva a muchos a conjeturar que todavía resta alguna parte no declarada.

Tercer secreto

“Escribo en obediencia a Vos, Dios mío, que lo ordenas por medio del señor obispo de Leiria y de la Santísima Madre tuya y mía:

Después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más en lo alto a un ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el ángel señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: ¡Penitencia, Penitencia, Penitencia! Y vimos en una inmensa luz que es Dios: ‘algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él’, a un obispo vestido de blanco ‘hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre’. También a otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruínas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la cruz había dos ángeles, cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios”.



Fátima y los ataques a la Iglesia

En las actuales circunstancias, el mensaje de Fátima alcanzó su verdadera clave de interpretación.

Cuando se reveló el tan esperado tercer secreto de Fátima, que había suscitado sumo interés y curiosidad, los contenidos francamente desilusionaron. Se esperaba, ante la densidad de los acontecimientos históricos, una panorámica esclarecedora del inmediato porvenir.

El Papa, en medio de la agitada agenda del Jubileo, se había dado tiempo para visitar Fátima beatificando a los pastorcitos. En esa oportunidad había anunciado que se develaría el secreto muy prontamente.

Las más variadas conjeturas, que de mucho tiempo se entretejían, eclosionaron simultáneamente, pero cuando finalmente se dilucidó el tercer secreto vino una muy respetuosa y educada desilusión.

El tercer secreto decía que la Virgen, al menos hasta ese entonces, y por supuesto hasta hoy, había alejado los castigos que la humanidad merecía; en Caná la sabíamos adelantando los términos salvíficos. El atentado al Papa parecía prefigurado en la parte última y eso era todo.

Muchos hablaban de que nunca, desde la salida de las catacumbas, la Iglesia había sido tan perseguida como en el siglo XX, mostrando a tal efecto estadísticas y demás. Pero no parecía a la sensibilidad eclesial que la Iglesia hubiese experimentado dificultades extremas parangonables con las grandes herejías, los grandes escándalos internos, las invasiones de los bárbaros, la Reforma, la Revolución Francesa con los dos papas exiliados, las confiscaciones generales del siglo XIX, el cisma de Avignon, etc.; más bien parecían dificultades ordinarias y localizadas, de aquellos ataques que el tercer secreto habla aludiendo a balas y flechas.

Pero en este momento no nos queda otra que sorprendernos de la propia ingenuidad, y, quizás, de la escasa capacidad de profundización.

El pueblo católico se vio conmocionado por acusaciones atroces que implicaban a los ministros con poder en el Cuerpo Eucarístico, y al Cuerpo Místico, la Iglesia. Las flechas aludidas en el mensaje, en sí mismas de apariencia tan pueril y casi ridícula, pasaban a ser dardos venenosos con que se hería la fama y el honor, hasta despedazar martirialmente a las víctimas. Obviamente esto no alcanza a los culpables, a quienes la Iglesia les retira las licencias ministeriales por haber depredado sexualmente a menores.

Deteriorar hasta destruir la institución más antigua y prestigiosa de la humanidad, que reclama para sí el ser fundada por el mismo Dios, era el cometido último.

Usurpar su Magisterio patentizado en las catedrales -cátedras de verdad- por el reinado de la opinión, emitido por el relativismo periodístico, constituye la meta próxima.

Pero el mensaje de Fátima contiene un epílogo feliz: "Al final, mi Inmaculado Corazón triunfará". Transformar la adversidad en una oportunidad es el desafío. El periodismo que quiere denigrarla y difamarla, porque las más de las veces así entiende su misión, la purifica y embellece; a la postre, no se sabe si será un efecto deseado por los acusadores.

Agradecemos a María, quien, de esta forma tan inteligente, vino nuevamente a alertarnos.



Pontevedra y los “cinco sábados”

El día 10 de diciembre de 1925, otra vez la Virgen se le apareció a la hermana Lucía, en Pontevedra (España), y al lado, sobre una nube luminosa, un Niño. La Santísima Virgen, poniéndole una mano en el hombro, le mostró un Corazón, que tenía en la otra mano, cercado de espinas. Al mismo tiempo dijo el Niño: “Ten compasión del Corazón de tu Santísima Madre que está cubierto de espinas que los hombres ingratos continuamente le clavan, sin haber quién haga un acto de reparación para arrancárselas”.



En seguida dijo la Santísima Virgen:

“Mira, hija mía, mi Corazón, cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan continuamente con blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarme y di que todos aquellos que durante cinco meses, en el primer sábado se confiesen, reciban la Santa Comunión, recen la tercera parte del rosario (cinco misterios) y me hagan compañía durante 15 minutos meditando en los misterios del rosario con el fin de desagraviarme, yo prometo asistirlos en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas”.

El 15 de febrero de 1926 se le apareció de nuevo el Niño Jesús.

Ella presentó las dificultades que tenían algunas almas de confesarse en sábado y pidió que fuese válida la confesión de ocho días. Jesús respondió:

“Sí, puede ser mucho más todavía, con tal de que, cuando reciban la Comunión, estén en gracia y tengan la intención de desagraviar al Inmaculado Corazón de María”.

Ella preguntó: -Jesús mío. ¿Y las que olvidan tener esta intención?

Jesús respondió: -Pueden hacerla en otra confesión siguiente, aprovechando la primera ocasión que tuvieran de confesarse.

-¿Por qué cinco sábados?

Pregunta Lucía: “Estando en la capilla con Nuestro Señor, parte de la noche del 29 al 30 de mayo de 1930 y preguntándole por qué eran cinco sábados me fue revelado lo siguiente”:

El motivo es simple. Hay cinco clases de ofensas y blasfemias contra el Corazón Inmaculado de María:

1. Blasfemias contra la Inmaculada Concepción.
2. Blasfemias contra su virginidad.
3. Blasfemias contra su maternidad divina, negándose a reconocerla como Madre de los hombres.
4. Blasfemias de los que públicamente buscan infundir en los corazones de los niños la indiferencia, el desprecio y hasta el odio hacia esa Madre Inmaculada.
5. Los que la ultrajan directamente en sus imágenes.

Este es el motivo, Hija mía, por el que el Inmaculado Corazón de María me inspiró pedir esta pequeña reparación, con el fin de conmovier mi misericordia y así poder perdonar a los hombres que han tenido la desgracia de ofenderlo”.

Oraciones del ángel

“Dios mío, yo creo, adoro, espero, te amo. Te pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no te aman.”

“Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, te adoro profundamente y te ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que El mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón, y del Corazón Inmaculado de María, te pido la conversión de los pobres pecadores”.